

Aunque a menudo presenciarnos hechos parecidos, cuando sobrevienen en personas en quienes por el parentesco o por el afecto se nos hacen más sensibles quedamos sobrecogidos de estupor y se llenaría nuestro espíritu de negruras y tristes ideas referentes a la inanidad de las cosas humanas, a lo deleznable de los cálculos mejor fundados, a la inconsistencia de las ilusiones, a la fugacidad de las más razonables conjeturas, sino fueran ahuyentadas por vislumbres de idealidades confortadoras y esperanzas sobrehumanas que yo no sabría representar, sintéticamente, mejor que recordando el verso final del famoso soneto de Argensola que dice: *¡Ciego! ¿Es la tierra el centro de las almas?*

Los más puros ideales se albergaron siempre en el alma de López Brea; sus pensamientos en todos los momentos se inspiraron en el más acrisolado concepto del honor; su conducta se ajustó invariablemente a las más estrechas normas del cumplimiento del deber. Al través de tales prismas, los hechos todos de su vida nos aparecen ennoblecidos y sublimados con la doble aureola de la bondad de su corazón magnánimo y de la elevación de su preclara y cultivada inteligencia, llegando a adquirir un valor representativo, como de verdadero modelo o arquetipo que suscita emulación y ejemplaridad.

López Brea, preferentemente, rindió culto especial a dos grandes sentimientos: de *religiosidad* y de *patriotismo*, traducido bien ostensiblemente el primero, además de otras muchas demostraciones en el curso de su vida, por su disposición testamentaria ordenando, como así se hizo, que su cadáver se amortajara con el hábito de Nuestra Señora de la Merced y testimoniado innumerables veces el segundo por el acrisolado amor con que enaltecía siempre las glorias de la Patria, de esta nuestra milenaria España, antes tan grande cual más no lo ha sido, ni tanto siquiera, ninguna otra nación, hoy tan combatida y vilipendiada por propios y por extraños, cuyos ultrajes repercutían en el corazón de López Brea con dolor filial, que exaltaba aún más su veneración a la Patria decadente, a la madre espiritual abatida, que, como a todas las madres, *cuanto más pobre y más vieja, más se la ha de querer*.

Al meditar sobre estas cosas, el encanto y la dulzura de las mismas se infiltran insensiblemente en nuestra fantasía, y poetizados por la Fe los misteriosos arcanos de ultratumba, imaginamos que los que ofrendaron a nuestra Patria, cual López Brea, exquisiteces de acendrados fervores y holocaustos de sacrificios, al transponer los umbrales de esta vida deben hallarse en posesión de los impercederos goces de la Suprema Verdad ocupando predilectos lugares de belleza inefable en las infinitas mansiones de lo eterno, gloriosamente cobijados y nimbados por indescriptibles y maravillosos fulgores de *oro y grana*, rutilantes colores de la bendita bandera de la España inmortal.

HE DICHO

Necrología del doctor Genové y Soler

por el DOCTOR SOLER Y BATLLE

EXMO. SEÑOR,

SEÑORES:

Hace poco más de medio año, cuando me concedisteis la inmerecida honra de recibirme como socio de número de esta ilustre Academia, pude congratularme, en mi discurso de recepción, de que mi ingreso no representaba para la Corporación una pérdida, puesto que la vacante que venía a ocupar era debida a un aumento del número de señores Académicos y no a la desaparición de uno de ellos. Sentí, sin embargo, amargada la satisfacción que ello me causaba, por el dolor de no poder contar ya, entre los que tan benignamente como compañero me recibían, a un mi amigo íntimo, el doctor don Pedro Genové, que nos había sido arrebatado, pocos meses antes, por una muerte prematura. Algún tiempo después me hicisteis el honor de designarme para leer, en el acto que hoy estamos celebrando, un discurso en recuerdo y loanza del malogrado colega, y aun con el convencimiento sincero de que cualquier otra pluma mejor templada que la mía podría salir más airoso de semejante empeño y llevarlo a cabo de manera más proporcionada con los méritos del ilustre desaparecido, acepté sin reparos el encargo, porque a ello me obligaba el recuerdo de la amistad que me unió con el doctor Genové y me alentaba la esperanza de que el afecto pondría en mis palabras tal calor que pudiese suplir la pobreza de mis pensamientos.

Conocí a Pedro Genové cuando, adolescentes apenas salidos de la niñez, empezamos juntos los estudios de la carrera de Farmacia; compartí con él, durante los años de nuestra vida de estudiantes,

alegrías y pesares, travesuras y trabajos; seguí tratándole íntimamente después, cuando, acabada la carrera, la diversidad de las ocupaciones que emprendimos hubiera podido separarnos, y recuerdo constantemente al amigo que, muchacho todavía a quien a penas apuntaba el bozo, parecía ya un hombre por su férrea voluntad para el trabajo, y luego, hombre ya, seguía siendo un niño por la alegría de su carácter, la nobleza de sus pensamientos y la sana ingenuidad de sus palabras.

Empezó Genové su carrera universitaria muy joven todavía; los que fuimos sus condiscípulos recordamos aún su aspecto añorado, que contrastaba singularmente con la tenacidad del empeño que ponía en sus estudios y con el interés que tomaba por el aspecto más científico de los mismos. Era el tipo, siempre simpático, del estudiante vivaracho y travieso, que siente intensamente la alegría retozona de la juventud y es incapaz de toda seriedad afectada, pero que trabaja y estudia, no con el único objeto de conseguir un título académico, ni por la vanidad de lograr en los exámenes calificaciones más o menos honrosas, sino con el vivo deseo de saber, de ilustrarse, de llegar a ser un hombre de provecho. Su carrera fué brillante, con la brillantez que se refleja en una hoja de estudios cuajada de sobresalientes, pero lo fué mucho más por la profundidad de los conocimientos adquiridos, por esa profundidad que no puede aparecer en la fría rigidez de un certificado oficial pero que aprecian con toda exactitud los compañeros de estudios y se manifiesta después, esplendorosamente, en el ejercicio de la profesión.

Al salir de la Universidad de Barcelona, en la que conquistara, con la calificación de sobresaliente, el grado de licenciado en Farmacia; adornado ya, además, con el título de Perito químico que se conseguía entonces mediante estudios especiales en el Instituto de segunda enseñanza, acudió Genové a la Universidad de Madrid, en la cual, después de cursar, con no menor aprovechamiento, los estudios propios del doctorado, recibió en junio de 1897, también con la calificación de sobresaliente, el grado de Doctor, y en seguida, llevado de su ansia de aumentar y perfeccionar sus conocimientos, pasó a la Universidad de París, en cuya Facultad de Ciencias trabajó, durante bastantes meses, en Análisis químico principalmente. Al volver a Barcelona, fué nombrado, a propuesta de la Facultad de Farmacia de nuestra Universidad, Profesor auxiliar interino de la misma, y tuvo ocasión de desempeñar accidentalmente alguna de sus cátedras, hasta que la necesidad de atender a los trabajos de la Oficina de Farmacia de su señor padre, ilustre socio que fué de esta Academia, le alejó de la enseñanza, para la cual tenía no sólo gran vocación, sino también innegables aptitudes.

Terminó entonces la vida universitaria del doctor Genové, pero no se extinguió por ello su amor a la Universidad, a la ciencia y a la enseñanza. No puedo recordar sin intensa emoción lo que, con la claridad con que se lee a veces en el pensamiento de un amigo íntimo, adiviné en el del doctor Genové cuando tuve el honor y la suerte de ser elevado a la Cátedra que desempeñó en nuestra Universidad; junto a la alegría sincera del que sentía por los éxitos de sus amigos mayor satisfacción que por los suyos propios, se transparentaba la nostalgia de quien hubiese ocupado con gusto un puesto en el profesorado, no por el provecho material que dicho puesto pudiese proporcionarle, ni por la vanidad de la consagración que la Cátedra parece representar, sino por el deseo de ejercer, noble y desinteresadamente, una función que él, a semejanza de otros espíritus escogidos, hubiese querido elevar a la altura de un sacerdocio. Y recuerdo también el vivísimo interés con que desde entonces, y con frecuencia, me hablaba de mi cátedra, de problemas científicos o profesionales relacionados con ella, de métodos de enseñanza, etc. El caso del doctor Genové, como otros cuyo recuerdo acudirá sin duda a la mente de muchos de los que me escucháis, me ha hecho lamentar a menudo que las circunstancias en que se desarrolla la vida de algunos hombres de carrera, y quizá también la defectuosa organización del reclutamiento de nuestro personal docente, hayan excluído de nuestras Universidades a profesionales que hubieran podido darles días de gloria.

Dedicado ya de lleno el doctor Genové al ejercicio práctico de su profesión, supo distinguirse en él tanto como se había distinguido antes en su vida universitaria. El ejemplo de su señor padre, farmacéutico esclarecido a quien recordamos todavía, con admiración y cariño; muchos de los aquí presentes; la necesidad de auxiliarle en la dirección de la farmacia que tenía establecida y para la cual había sabido conquistar una muy merecida fama, y el acicate de su voluntad, que le estimulaba a continuar y completar la obra de su progenitor, hicieron que el doctor Genové trabajara con ahínco para llegar a ser, dentro de su profesión, una figura de verdadero relieve. Durante algunos años se desarrolló principalmente su actividad en el laboratorio de la calle de Clarís, a donde, a consecuencia de la estrechez del local de la Rambla en que tenía instalada su señor padre la farmacia, había tenido necesidad de llevar muchos de los trabajos complementarios de la misma; más tarde, cuando, por haber sufrido ya la desgracia de perder al autor de sus días, era único director de dicha farmacia y laboratorio, en el nuevo local de la Rambla, donde los reunió. También, respectó de esta nueva fase de la actividad del doctor Genové, la muchedumbre de mis recuerdos personales me hace apreciar, con claridad meridiana, el verdadero carácter de su personalidad. Recuerdo las horas, robadas a mis ocupaciones habituales, que pasé en aquel su laboratorio de la calle de Clarís; recuerdo el entusiasmo con

que me mostraba los perfeccionamientos que en él introducía, los aparatos nuevos que compraba, los libros con que enriquecía su biblioteca; recuerdo la preocupación y el interés con que me exponía los problemas que se le iban presentando y con que discutía su probable solución. Era aquél un laboratorio principalmente destinado a la elaboración de preparados galénicos para la farmacia que dirigía entonces, todavía, su señor padre, pero en él, además de llevar a una pulcritud y perfección extremadas todas las operaciones relativas a dichos preparados, había instalado ya una parte dedicada a trabajos de análisis y de investigación, en los que empleaba una buena parte de su tiempo. Allí, además de realizar las operaciones de análisis de medicamentos y productos que exigía la buena marcha de la farmacia, empezó el doctor Genové a perfeccionarse en el trabajo de análisis clínicos, en el que tanto sobresalió después.

Tampoco puedo olvidar el proceso de la formación del nuevo local en que reunió, más tarde, farmacia y laboratorio. No era lo más estudiado la ornamentación, a la cual concedía sin embargo el doctor Genové (que tenía, en el fondo, un temperamento de artista) la importancia debida. Estudiado hasta los más nimios detalles era todo aquello que, en su nueva morada profesional, pudiese darle facilidades para la perfección en el trabajo y para poner cada vez más alto el nivel científico de la profesión que ejercía. También en el nuevo laboratorio hube de admirar más de una vez la constancia, el cariño con que se dedicaba a su labor. Sin abandonar un momento la dirección del trabajo cotidiano de la farmacia, desde los pequeños detalles del despacho hasta la complicación de ciertas operaciones de laboratorio, y sin dejar de la mano, tampoco, la práctica diaria de los análisis clínicos, para los cuales gozaba ya entonces de merecido crédito, rebuscaba constantemente, en libros y revistas, datos y procedimientos, los ordenaba y catalogaba, los comprobaba experimentalmente; establecía, experimentalmente también, comparaciones de métodos; ideaba y mandaba construir aparatos nuevos y, en una palabra, trabajaba siempre con la asiduidad y la inquietud de espíritu del que nunca supo contentarse simplemente con lo bueno, sino que anduvo siempre en pos de lo mejor.

No es de extrañar que una actividad de tal naturaleza conquistara, para el doctor Genové, no sólo el respeto y la admiración de los amigos, y la amistad de cuantos con él se ponían en relación, sino también honores y preeminencias. Ya en 1906, transcurridos apenas nueve años desde que alcanzara el grado de doctor, fué elegido por esta ilustre Academia para figurar entre sus socios de número; en el mismo año había sido nombrado subdelegado de farmacia del distrito del Hospital de esta ciudad, y en 1916 recibió, de R. O., el nombramiento de vocal de la Junta provincial de Sanidad. Había logrado por lo tanto, a la edad en que muchos empiezan todavía a darse a conocer, justo renombre y merecidas distinciones; cabía esperar de él mucho más, y me consta que su labor estaba de tal modo encaminada que no hubiesen quedado defraudadas tales esperanzas. Desgraciadamente, sus fuerzas corporales no correspondieron a los alientos de su espíritu; en otoño de 1920, al regresar de uno de sus viajes al extranjero, viajes que emprendía con relativa frecuencia para conocer ciertas novedades científicas, empezó a manifestarse la terrible dolencia que había de arrancarle la vida; vióse entonces obligado a suspender su actividad habitual y a retirarse, en busca del restablecimiento de su salud, a la vecina villa de Masnou, donde había nacido su señor padre, y en esa villa falleció; el 25 de marzo de 1921, cuando todavía le faltaban bastantes meses para cumplir 45 años. Dejó de existir cuando en la madurez de sus juicios, y en la experiencia adquirida en tantos años de trabajo incesante, podían fundarse las más halagüeñas esperanzas.

Pocos son los trabajos impresos que ha dejado nuestro malogrado compañero; su excesiva modestia le había hecho dejar para más adelante la publicación de los interesantísimos resultados de muchos de sus trabajos de laboratorio, siempre con la esperanza de perfeccionarlos todavía y de poder darlos a la imprenta más completos y acabados. Entre lo publicado figura en primer lugar, por el orden cronológico, la memoria que le valió el grado de Doctor y que lleva por título «Esterilización germicida en Farmacia»; trabajo minucioso cuya oportunidad y novedad, en la época en que fué ejecutado, queda demostrada con sólo recordar que alguno de los miembros del tribunal que hubo de juzgarlo opuso todavía reparos al uso, hoy tan generalizado, de la palabra esterilización. Siguieron luego el discurso de entrada en esta ilustre Academia, sobre «El radium»; la contestación al discurso de recepción del doctor Calvet sobre «La tinta de escribir desde el punto de vista de la química y de la fotografía legal»; una ponencia presentada, en colaboración con el doctor Perearnau, al *Primer Congrès de Melges de Llengua Catalana*, sobre «*Estudi comparat de la urea de la sang i de l'orina per a determinar la funció ureica dels ronyons*», y el discurso sobre «Isotonismo y su aplicación en terapéutica», leído en la sesión pública inaugural de esta Academia de 27 de enero de 1918. Además de estos trabajos, había publicado en diferentes revistas algunos artículos muy interesantes, de los cuales citaré sólo, para no prolongar excesivamente esta enumeración, la descripción de un nuevo ureómetro que había ideado, publicada en la revista «Restaurador farmacéutico» de esta localidad y reproducida después en otras, y un artículo sobre la «Reacción de Wassermann cuantitativa», en los «*Analys de l'Acadèmia y Laboratori de ciències mèdiques de Catalunya*»; dos trabajos estrechamente relacionados con la índole de los

análisis a que el doctor Genové se dedicaba principalmente y en el primero de los cuales daba a conocer un nuevo aparato que había de hacer más fácil y exacta la determinación cuantitativa de la urea en la orina o en otros líquidos, mientras que en el segundo presentaba una simplificación importante, introducida en la práctica cuantitativa de la reacción a que hacía referencia. La naturaleza de estos trabajos confirma, además, algo de lo que he dicho antes acerca de la labor de investigación, de comprobación y comparación de métodos, que realizaba constantemente el doctor Genové en su laboratorio y que, sin el prematuro fallecimiento de nuestro amigo, hubiera culminado en una obra por todos conceptos meritoria y utilísima. Años hace que acariciaba el doctor Genové la idea de reunir en un libro los resultados de su dilatada experiencia en trabajos de análisis; que acumulaba continuamente datos y observaciones; que los ordenaba y clasificaba; que comprobaba experimentalmente de un modo detenido, siempre que para ello se le presentaba ocasión, todo aquello que le ofrecía la menor duda. Ese trabajo de comprobación y comparación de métodos, a que he aludido repetidamente, había empezado siendo para él una especie de laudable diletantismo, pero se había convertido después en una verdadera obsesión; y cuando la pérdida de la salud llegó a interrumpir por completo su infatigable actividad, los materiales acumulados eran tantos, y de tal valor, que ya empezaba a pensar en darles forma y en publicar el libro que, desde tanto tiempo, con entusiasmo tan vivo venía preparando. Libro hubiese sido este, resultado de una verdadera labor de benedictino, que hubiera constituido un beneficio inestimable para cuantos farmacéuticos a trabajos analíticos se dedican; libro de inmenso valor práctico por ser, no una mera recopilación de datos tomados de otras publicaciones, sino el fruto de una experiencia abundante y personalísima. Interrumpida quedó, cuando tan cerca estaba ya de convertirse en realidad tangible, una labor de preparación tan concienzuda y minuciosa, de la que quizá sólo tuvieron hasta ahora conocimiento; además de la familia del doctor Genové, el que en este momento os dirige la palabra y otro discípulo de los dos, tan modesto como ilustrado y laborioso, que, durante muchos años, había sido su constante y asiduo colaborador.

Por la insistencia con que os he hablado del doctor Genové como analista podríais creer, a pesar de lo que he hecho constar acerca de su constante cuidado de los trabajos de su farmacia, que ésta ocupaba, en el cuadro de sus actividades profesionales, un lugar secundario; no fué, sin embargo, así. Para quien, como yo, gracias a la confianza que es consecuencia de una firme amistad, había penetrado hasta los más recónditos rincones de aquel establecimiento, será siempre el doctor Genové el prototipo del farmacéutico modelo. Desde el riguroso orden y la exquisita pulcritud que reinaba en todas las dependencias, hasta el meticoloso reconocimiento y ensayo de las substancias compradas y la elaboración cuidadosísima de los preparados galénicos, todo acusaba la mano de quien, como antes he dicho, buscaba siempre lo mejor sin contentarse simplemente con lo bueno. Difícilmente se encontrará otro farmacéutico mejor enterado que él de cómo debe ser la calidad de las drogas naturales y de los productos de la industria empleados en las operaciones farmacéuticas, y de cómo se consigue y se comprueba dicha calidad; difícilmente, también, se encontrará otro que mejor conozca las condiciones en que deben realizarse las operaciones de elaboración de medicamentos propias del laboratorio de una farmacia, a fin de obtener preparados de condiciones óptimas, y no será menos difícil hallar quien, mejor que el doctor Genové, sepa discernir en cada caso el mejor modo de cumplir, en el manejo y dispensación de los medicamentos, lo que más adecuadamente corresponde a la prescripción médica, con el pensamiento fijo siempre en el interés del enfermo más que en el beneficio material del propio farmacéutico. Habrá, hay seguramente, quien en todo esto le iguale; con dificultad, repito, habrá quien le supere.

Voy a terminar, señores. Podría hablaros todavía del doctor Genové como hombre de mundo, como amigo, pero no creo que esto sea necesario; todos le hemos conocido. Todos sabemos que fué franco, noble, sincero; verdadero amigo de sus amigos; caballeroso hasta en los más pequeños de sus actos; altivo cuando sus deberes de hombre honrado le obligaban a serlo, y excesivamente modesto en todas las demás ocasiones. De su modestia y delicadeza os dará idea el hecho de que yo, amigo para el cual no tenía secretos, no haya conocido hasta después de su muerte algún honrosísimo rasgo suyo de amor filial, que podría considerarse exagerado si en esto cupiera exageración, y al que jamás le oí la alusión más mínima; habría creído sin duda, al hablar de ello aun al amigo más íntimo, que cedía al impulso de la vanidad y no al del más acendrado amor a quien le diera el ser.

Al fallecer prematuramente el doctor don Pedro Genové y Soler, no sólo perdió esta Academia un socio ilustre y distinguidísimo, sino que perdimos todos un amigo fiel y desinteresado, un compañero noble y afectuoso. ¡Lloremos la pérdida con sentimiento no mitigado por el tiempo transcurrido, y lamentemos una vez más que se viera tan dolorosamente interrumpida, cuando más llena estaba de promesas próximas a convertirse en felices realidades, una existencia tan fructífera!

HE DICHO